

¿Cuánto nos corresponde estar con la Infancia?

“Uno se pasa toda la vida, tratando de rehacer las experiencias vividas en la infancia”
Facundo Cabral

Carmen Vásquez de Velasco¹

Consultora en infancia

Esta frase debería remover nuestras entrañas. Especialmente si nos situamos desde la mirada o el corazón de aquella niña o niño que alguna vez fuimos y que espero todavía llevemos dentro. También, si la analizamos desde la abrumadora realidad de la infancia de nuestro país.

¿Cuántas de nuestras debilidades, temores e inconsistencias emocionales e intelectuales pudieron ser prevenidas? Eso quizás nunca lo sabremos, pero hoy, desde el lugar profesional que ocupemos, sí podemos crear un mejor ambiente para las niñas y niños bajo nuestra responsabilidad. ¿Cuál puede ser la mejor ruta? Un camino es valorar a profundidad a la primera infancia como la etapa más trascendental de la vida del ser humano. Siempre se escucha decir que constituye el cimiento, pero pocos se preocupan de cómo se construye.

Con esa breve reflexión introductoria, espero haber creado el clima para motivarlos a compartir algunas ideas sobre la necesidad de las intervenciones oportunas con la primera infancia. Especialmente desde una perspectiva humanista, que nos permita establecer una empatía afectiva con la niñez, reconociéndonos primero como personas y luego como profesionales, para unir esfuerzos que trasciendan el espacio laboral.

Es importante destacar que en los últimos años surgió un interés mayoritario por la infancia, más allá de programas, redes y otros espacios donde se promovía sus derechos. Muchas iniciativas de los sectores gubernamentales o empresariales, como el Plan Nacional de Acción por la Infancia (PNAI), el Acuerdo Nacional o el Diálogo por la Niñez lo demuestran.

Sin embargo, sus avances son lentos y de poco impacto. Entre las muchas razones, privilegio las siguientes: hay desequilibrio e inconsistencia en el gasto e inversión en programas sociales, educativos y de salud, lo que limita la ampliación de cobertura. Las



estrategias de concertación para incidir políticamente y revertir esta situación son nulas o muy débiles, ya sea por ausencia de argumentos consensuados, o porque las intervenciones sectoriales son fraccionadas, disociadas o enfrentadas entre sí. Por otro lado, persiste la poca capacidad de propuesta de los ejecutores de los programas de infancia, cuyos valiosos aportes desde la práctica no se visibilizan, por tener bases teóricas débiles o por ausencia de sistematización.

Antes de seguir sustentando esas afirmaciones, quiero reconocer la riqueza de experiencias locales –dignas de masificar– que se dan en espacios tan humildes como un PRONOEI o un wawa wasi, muchos ubicados en lugares casi inaccesibles. Así lo he podido apreciar personalmente durante mi recorrido en el MIMDES, asumiendo el Programa Nacional de Wawa Wasi. Esa experiencia me permitió encontrar a niños y niñas felices, literalmente en la punta de un cerro, o en el borde de un río, donde las madres cuidadoras les daban afecto y atención. Allí encontré un grupo comunitario, constituido mayoritariamente por mujeres, que mostraban orgullo de ser *dueñas y señoras*, es decir co-gestoras de un programa del Estado. También pude constatar el esfuerzo de profesionales que superan permanentemente obstáculos inimaginables, para lograr sus objetivos.

¹ Educadora de Inicial con maestría en Psicología Educativa, ex directora del Programa Nacional Wawa Wasi del MIMDES. Actualmente es consultora en Infancia para la Fundación Telefónica y SUMBI.

Entonces, ¿qué origina que tengamos un 2% de cobertura educativa de niños entre 0 a 2 años?, ¿cuál es la razón para que los recursos asignados al Programa Wawa Wasi no lleguen ni al 10% de lo otorgado a otros programas sociales?, ¿qué limita el fortalecimiento de las políticas existentes? Volviendo a mis anteriores supuestos, considero que aún no se llega a evidenciar lo terrible que es no atender a los niños y niñas en su primera infancia. Las consecuencias de esta grave omisión permanecen invisibles en las conciencias de los peruanos, pese a que las cifras en desnutrición o mortalidad infantil son alarmantes, más aún si se asocian con los indicadores de pobreza y exclusión, con la situación de salud o educación de sus madres, con las condiciones socio económicas de sus familias, o con la discriminación cultural de su comunidad. No se toma conciencia de los efectos que producen estas carencias en el desarrollo humano, no se percibe que son causa del fracaso escolar o de problemas psico-sociales en la adolescencia. Paradójicamente, cualquier persona, sin ser experta en infancia, sabe que un niño pequeño merece cuidados de calidad en el seno de una familia, para poder sobrevivir y alcanzar su desarrollo pleno. No obstante, son más de treinta años que discutimos los mismos problemas del sistema educativo nacional, dando vueltas sobre un círculo vicioso que se va ahondando de generación en generación.

Con el ánimo de avanzar en propuestas, propongo algunas estrategias de cambio. Muchas son factibles de emprender, como lo demuestra la experiencia de otros países latinoamericanos, como Colombia, Brasil o Cuba.

En primer lugar, es mejor actuar previniendo que remediando. Por



ejemplo, hay que reconocer que un dólar invertido en vacunación o atención temprana de salud, ahorra al país siete dólares en mejoramiento nutricional o asistencia médica. Ello supone voluntad política para actuar, erradicar situaciones graves y convertir a los programas de infancia en prioridad nacional.

Es necesario comprender también que la intervención en infancia es responsabilidad de todos. Debe promoverse la calidad de vida de una comunidad considerando la convergencia de las acciones sociales: salud, educación, saneamiento, vivienda y protección. El PNAI es la principal política de Estado para sumar esfuerzos, sus metas requieren de estrategias concertadas de manera urgente e inmediata. En este contexto, la sociedad civil, a través de las ONG o universidades, tiene un papel preponderante en producir estudios que permitan profundizar sobre las necesidades y po-

sibilidades de la primera infancia, y contribuir a la superación de los vacíos o del fraccionamiento de la información existente. Ello como base del diseño de estrategias viables.

"Si cuidamos a nuestros hijos desde pequeños, ellos velarán por nosotros cuando seamos ancianos"

Dirigente comunal en inauguración de un Wawa Wasi

Finalmente, una alerta sobre los erróneamente llamados límites de intervención en la infancia, con los que se pretende determinar aquello que "pertenece" al mundo de la familia, o lo que es responsabilidad del Estado y la sociedad. En la perspectiva de los Derechos del Niño, por el principio del Interés Superior del Niño, nos conviene defender y promover todos y cada uno de sus derechos, partiendo del derecho a la identidad, base para el ejercicio pleno de los otros derechos y para el acceso a servicios básicos, como cuidado, protección, salud o educación. Asimismo, nos compete buscar alternativas viables para responder a las necesidades primordiales de la infancia, asociando su desarrollo integral con el aspecto educativo y no perdiendo de vista que "... la humanidad debe a los niños lo mejor que puede ofrecer", tal como establece el texto de la Convención.

Debemos recordar siempre que la educación es un recurso fundamental de lucha contra la pobreza y un mecanismo de inclusión social.² Educar integralmente en la primera infancia supone considerar los aspectos psicosociales de su desarrollo, y asociar la cultura de crianza con la generación de aprendizajes. Avancemos más a prisa, porque las niñas y niños no esperan.

² Varios autores: UNICEF, CEPAL, Banco Mundial